

reunión se formó la liga de Augsburgo. Se ha dicho también, y se ha repetido sobre todo desde 1871, que esta Confederación del Rin contribuyó á preparar la unidad alemana, que tan funesta ha sido para Francia; pero aun esto es confundir los tiempos y las circunstancias, ya que nadie podrá suponer que conviniese á Francia el mantenimiento de una porción de pequeños Estados, que no podían vivir con independencia, sino establecer una división política más transcendental, formando Estados bastante poderosos para subsistir sin ajeno auxilio y con entera libertad, sin que ésta llegase al extremo de permitirles vivir aislados, ofreciendo así con su alianza un importante auxilio, y cuyo interés estribaría principalmente en aproximarse á Francia para defenderse de Austria y de Prusia.

Tal era la política de Enrique IV, de Luis XIII y de Luis XIV.

A pesar del extraordinario engrandecimiento de Francia en los últimos meses, prescindiendo de las adquisiciones hechas después de la campaña de 1805, creyóse por un momento que se iba á firmar la paz con la Gran Bretaña, pues Fox había entrado á formar parte del ministerio Granville, que sustituyó al ministerio Pitt, encargándose de la cartera de Estado. Aprovechando la ocasión de habersele ofrecido un miserable para asesinar á Napoleón, con objeto de entrar en relaciones con el gobierno francés, Fox no sólo rechazó con indignación las proposiciones de aquel sectario, sino que previno al gobierno imperial, y poco tiempo después se iniciaron negociaciones oficiales, enviando para ello á lord Yarmouth á París, quien las prosiguió desde el mes de Abril hasta que la muerte de Fox, acaecida en Septiembre, borró toda probabilidad de una alianza entre ambas naciones; ésta fué una desgracia para la humanidad y en primer término para Inglaterra. La política de la paz con Francia fué mantenida todavía con gran elocuencia por lord Holland, hijo del hermano mayor de Fox, pero su voz se perdió en el vacío, y fué en vano que Napoleón ofreciese al gobierno inglés mucho más de lo que había de obtener en los tratados de 1815: las negociaciones quedaron pronto rotas.

Una de las cuestiones que se agitaron durante las mismas fué la devolución del Hanóver á Inglaterra, que el rey Jorge deseaba, como se ha visto, con verdadero interés, pues durante la campaña de 1805, cuando los ingleses trataban de arrastrar á Prusia á la coali-

ción, Pitt llegó á ofrecer á esta potencia, en vez del Hanover que pedía, la Holanda, que era sin duda alguna una posesión mucho más importante. Napoleón creía, pues, factible reconciliarse con el monarca británico por medio de esta proposición; pero como por lo pronto la negociación no pasara de palabras, no se juzgó en el caso de prevenir á Prusia, á la cual, por lo demás, había pensado ya en indemnizar



Federico Guillermo III, rey de Prusia. (Dibujo de Swobach)

por tal pérdida. El gobierno inglés, con toda su habitual perfidia, comunicó luego al gabinete prusiano la proposición que se le había hecho referente á la cesión del Hanover; esta noticia produjo gran sensación en Berlín, particularmente entre el partido militar, que en 1805 había estado ya á punto de conseguir su objeto, y que ahora, apoyado enérgicamente por la reina, llegó á dominar en el Consejo y éste declaró la guerra á Francia. Napoleón no deseaba esta nueva lucha, pero la insolente actitud de Prusia la hacía ya inevitable. Esta nación iba á sufrir bien pronto las consecuencias de su rencoroso or-

gullo, y oportunamente podía comparar Napoleón á la reina de Prusia «con la hechicera Armida al incendiar ella misma su palacio.»

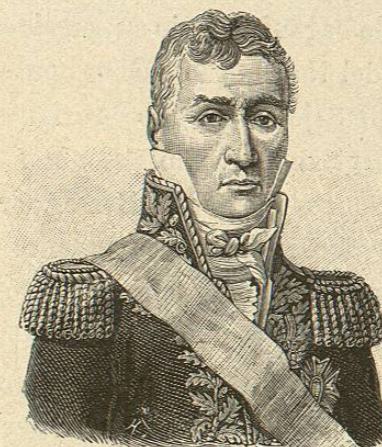
Un pueblo no se rebaja únicamente por ceder ante una nación á la que haya vencido antes, pues basta con que ésta adquiriera mayor poder. No es preciso tampoco, para explicar las derrotas de un ejército,



El mariscal Davout, duque de Auerstaedt y príncipe de Eckmühl. (Retrato pintado por Gautherot)

que éste haya perdido sus aptitudes militares y se halle mandado por jefes ineptos. Anibal venció legítimamente al ejército romano; Federico II, con los soldados de Rosbach y de Leuthen, habría sido vencido, sin duda, por Napoleón y el ejército de Austerlitz; pero no se explica que la caída de Prusia fuese tan rápida, bastando una sola batalla para aniquilarla. Federico II sólo tuvo tiempo para levantar «una fachada frente á Europa.» No formó ministros capaces de continuar su obra, pues bastándose él solo para todo, se limitaba á dictar órdenes sin dar la menor explicación. La corrupción de este pueblo era grande, principalmente en Berlín, que Mirabeau calificó de «ga-

rito aristocrático,» en el que imperaba á sus anchas la venalidad y el vicio. Federico Guillermo II, que sucedió á aquel monarca, era muy hipócrita. La masa del pueblo, y en particular la clase media, en la que habían penetrado las ideas francesas, se hallaba disgustada por su rebajamiento social y la insolencia de la aristocracia. El ejército conservaba sus cualidades militares, pero no se apartaba de la rutina, siendo sus oficiales, por lo común, «presuntuosos é indecisos, pedantes é irresolutos.» El soldado, tratado con suma dureza, no podía ascender á oficial, y por otra parte, reclutado el ejército en las distintas regiones de Alemania, y hasta en el extranjero, carecía de patriotis-



El general Friant

mo. La misma Prusia se parecía á su ejército, formando más que una nación, «un mosaico hábilmente combinado;» por esto «algunas cartas escritas por prusianos pintaban las operaciones militares de 1806 como si se tratase de las campañas de Inglaterra en las Indias.» Prusia no era, sin embargo, Alemania.

Federico Guillermo III, que reinaba desde 1797, hubiera podido contener la decadencia de su patria, que su padre había precipitado, pues era económico y austero; y aunque se había distinguido por su valor en el Rhin y en Polonia, cuando era príncipe heredero, amaba la paz, pero su carácter no era bastante enérgico para resistir á las personas que le rodeaban. La reina Luisa y el partido militar iban á enredarle en una política aventurera, que directamente conducía á la ruina; confiaban éstos en Rusia, que no había firmado el tratado de

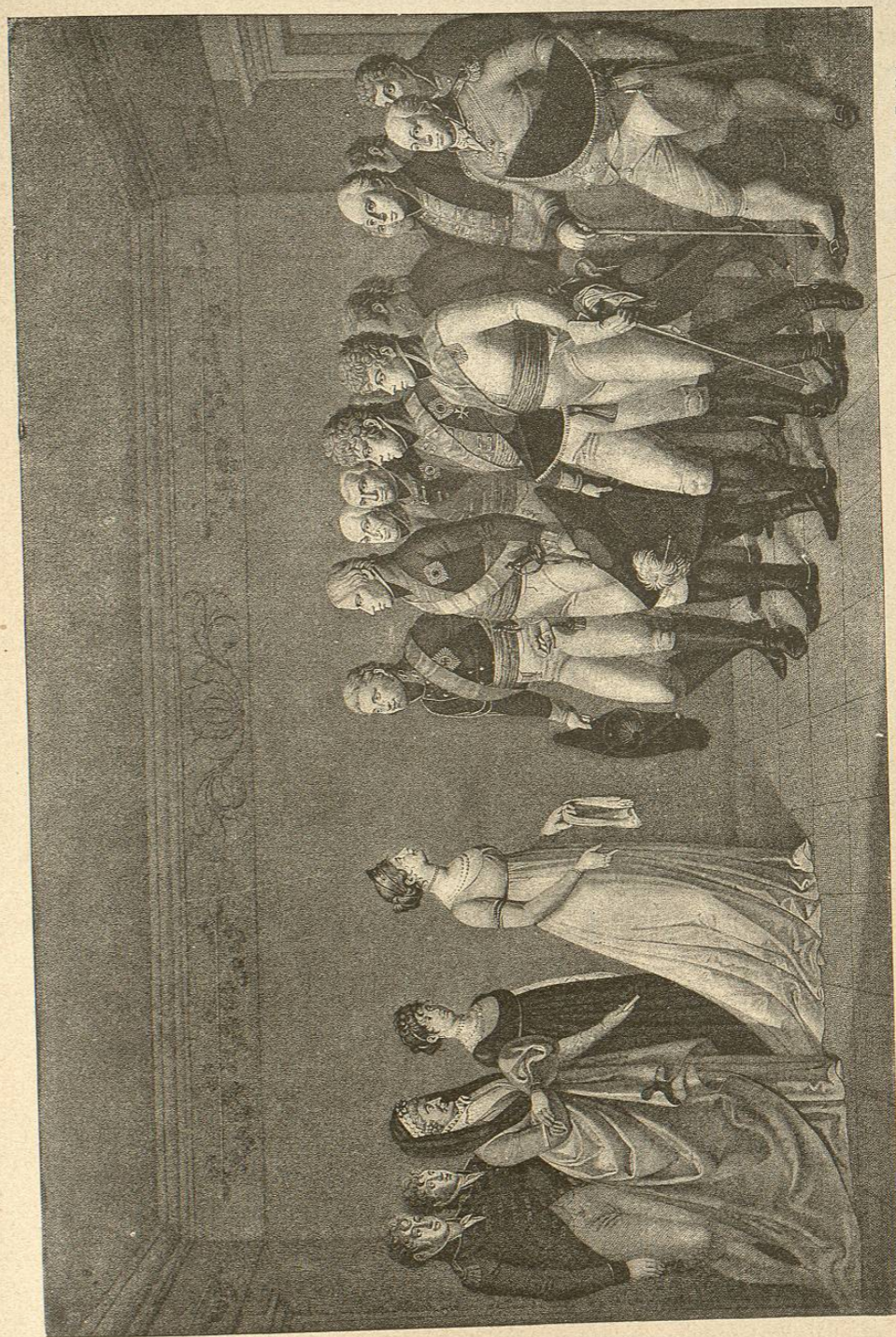
Presburgo y que, de acuerdo con el gobierno austriaco, había ocupado las bocas del Cattaro, que aquel tratado había concedido á Francia. Las negociaciones que llevaba en París M. de Oubril no tuvieron ningún resultado, viéndose, pues, claramente que el ejército de Alejandro vendría á reunirse al ejército prusiano. Pero era tal la ceguera y el orgullo de la corte de Berlín, que no quería esperar ni el auxilio de los rusos ni el oro de los ingleses, pretendiendo para los prusianos solamente el honor de la victoria. Orgullosos con la reputación que habían adquirido en tiempo de Federico II, creíanse invencibles, sintiendo vivo desprecio hacia aquellos soldados del Czar y del emperador de Austria que se habían dejado derrotar por los Franceses.

Trataba Prusia de organizar bajo su presidencia una confederación en la Alemania del Norte, á lo cual se opuso Napoleón, declarando que la ocupación de Sajonia por los prusianos sería la señal de la guerra. El ejército prusiano invadió Sajonia é incorporó á sus filas las tropas de esta región; el elector de Hesse, por su parte, envió espontáneamente al rey de Prusia un contingente de 12.000 hombres.

La guerra era segura, aunque todavía no se había declarado oficialmente. Napoleón se hallaba en Bamberg al recibir, en 7 de Octubre de 1806, el ultimátum de Prusia. Este nuevo manifiesto, tan ridículo en su género como el de 1792, fué redactado por el duque de Brunswick; en él se decía: «Que las tropas francesas, que sin ninguna razón fundada han pasado á Alemania, vuelvan á pasar el Rhin inmediatamente y sin la menor excepción el mismo día en que el Rey espera una respuesta del Emperador, sin interrumpir la retirada bajo ningún pretexto, pues en el punto á que han llegado las cosas es la única garantía de seguridad que el Rey puede admitir.»

El Emperador dejó pasar con toda intención el 8 de Octubre, fecha fijada por el rey de Prusia, y le mandó por uno de sus ayudantes una carta muy distinta de la que escribiera al emperador de Austria y en la que claramente manifestaba su indignación. Sobresalen en ella los siguientes párrafos:

« Señor y hermano: Hasta el día 7 no he recibido la carta de V. M., fecha 25 de Septiembre, y he quedado estupefacto al ver que os habían hecho firmar esa especie de libelo..»



El rey de Prusia Federico Guillermo y su esposa Luisa, reciben en Memel al emperador Alejandro (10 de Junio de 1807). (Cuadro de Dahlberg, pintado en 1806 en Berlín). Puede observarse en este cuadro con qué rapidez las modas francesas se habían impuesto ya en las cortes europeas, á pesar de haber estado Francia constituida en república hasta el año 1802.